

P & R

¿Tiene Grecia alguna posibilidad?

Madrid

El primer ministro griego, Yorgos Papandreu, hizo ayer su última y desesperada propuesta para aplacar el paro juvenil: ayudar a los jóvenes a que se vayan al campo. Todo un síntoma de desesperación ante un callejón sin salida.

¿Por qué Europa ha lanzado un nuevo ultimátum a Atenas?

La Unión Europea tiene comprometidos dos planes de rescate con Grecia, pero todavía no ha terminado de desembolsar 8.000 millones del primero. El FMI, el BCE y la UE tienen paralizada la ayuda porque han detectado que el Gobierno heleno no ha logrado reducir el déficit en 1.700 millones, una partida que tendría que haber sido liquidada hace meses.

¿Qué impide al Gobierno heleno aplicar lo que se le exige?

Sencillamente, su economía doméstica ha muerto. La mayoría de las reformas se han aplicado sobre el sector público, que agrupa al grueso del empleo griego. Los ajustes han drenado de liquidez a las familias, el desempleo se ha disparado hasta superar el 16% y el poder adquisitivo está bajo mínimos. No hay consumo y lo va a haber. El PIB caera hasta el -5%.

¿Qué puede hacer el Gobierno?

Puede cumplir y condenar a su clase media a un largo periodo de recesión y estancamiento. O puede declararse en quiebra y provocar una fuga de capitales que reduciría a la mitad su riqueza y generaría enormes dificultades a los socios que le han ayudado con los rescates, especialmente España o Italia.



La directora del FMI, Christine Lagarde, sonríe, ayer, durante la cumbre del FMI en Marsella. / REUTERS

Lagarde relaja la presión sobre la banca europea

Desmiente ahora que necesite 200.000 millones de euros

JUAN MANUEL BELLVER / París
Corresponsal

Christine Lagarde ha decidido rebajar la presión a la que había sometido a la banca europea en las últimas semanas. La directora gerente del Fondo Monetario Internacional desmintió, ayer durante la reunión del G-7 en Marsella, que las entidades financieras de la Eurozona precisen de una inyección de 200.000 millones, como se había filtrado en los últimos días de un informe elaborado por el organismo que dirige.

«Ha habido un malentendido. Esa cifra era provisional. No hay que ha-

cer caso de los rumores», señaló la jefa del FMI en una declaración leída, tras la que no admitió preguntas.

Según Lagarde, el FMI no ha realizado un test específico sobre el estrés de los bancos sino un estudio del cual se está discutiendo la metodología y que ha arrojado cifras provisionales. Los resultados definitivos se sabrán a lo largo del mes y, por ahora, de crisis de liquidez, nada. La necesidad de recapitalización de las entidades financieras existe, pero no es tan grave.

«La consigna de este foro es tranquilizar a los mercados», había dicho

el viernes, en el acto inaugural del G-7 Económico, el ministro del ramo francés —y sucesor de Lagarde en el puesto— François Baroin.

Así que todos los participantes se están aplicando a ello después de que, durante la primera jornada, se pudiera cortar con un cuchillo la tensión entre el secretario estadounidense del Tesoro, Timothy Geithner, y los representantes de Alemania, Francia, Italia y Gran Bretaña, debido a puntos de vista divergentes sobre la solución a la crisis.

Para que la directora del FMI se atreviera a comentar que «la agenda

ha sido extremadamente densa» es que, en las reuniones del Palais du Pharo, ha habido crispación y una clara división entre los partidarios del rigor presupuestario para salir del déficit de las cuentas públicas y aquellos que abogan por tomar medidas para reactivar el crecimiento.

Con el fantasma de la quiebra de Grecia en el horizonte, y aunque se había pactado inicialmente no realizar el menor comunicado conjunto, por insistencia del anfitrión, François Baroin, los representantes de las superpotencias difundieron ayer un documento críticamente titulado *Términos aceptados de referencia* en el que admiten que la economía mundial sufre una ralentización y expresan la «determinación colectiva» para actuar ante la crisis.

¿Actuar cómo? Pues, a falta de una receta única, cada uno a su manera y con las fuerzas de que dispon-

El G-7 fracasa con estrépito en la búsqueda de una salida a la crisis

ga. «Tenemos que alejarnos de la idea de que sólo existe una solución válida», señaló François Baroin en una conferencia de prensa. «Todos debemos aplicar planes de ajuste presupuestario ambiciosos y favorables al crecimiento, basados en marcos presupuestarios creíbles, teniendo en cuenta que la volatilidad excesiva y los movimientos desordenados de tipos de cambio pueden resultar muy perjudiciales para la estabilidad financiera».

Por su parte, el presidente del Banco Central Europeo (BCE), Jean-Claude Trichet, indicó que su institución pondrá a disposición del sistema bancario «tanta liquidez como sea necesaria, con medidas convencionales y no convencionales» y expresó igualmente que aquellos bancos que precisen una recapitalización deben hacerlo sin demora, renunciando a sus beneficios o bien recurriendo al mercado o al Gobierno.

Por un BCE que apoye a los estados

ANÁLISIS

SOONY KAPOOR / Bruselas

Con los costes de las deudas española e italiana invariablemente altos, una posibilidad cada vez mayor de que Grecia se vaya al garete y la caída del crecimiento de Alemania y Francia, la zona euro se encuentra ahora atezada por una grave crisis sistémica.

El cómo hemos llegado a ella desde lo que comenzó siendo un problema fiscal en una de las economías más pequeñas de la zona, Grecia, es una historia de malas medidas políticas y malas medidas económicas. Medidas políticas prudentes como reducir el saldo de la deuda griega, obligar a una recapitalización mayor y más rápida de los bancos de la UE y diseñar un Fondo Europeo de Estabilidad Financiera más cuantioso y flexible desde el principio fueron rechazadas por el Consejo Europeo, la Comisión o el BCE. A veces, por todas las instituciones a la vez.

Ahora, cuando ya en los mercados se ha puesto en duda hasta la calidad crediticia de

Francia, volver a tomar en consideración estas medidas sigue siendo necesario, pero no suficiente. Se ha infligido a la economía de la UE, a sus trabajadores e incluso al proyecto europeo un daño grave y permanente.

En términos generales, Europa, la zona euro en particular, se enfrenta a cuatro problemas de gran calado: la vertiginosa subida de los costes de la deuda para un número creciente de países, la adopción de medidas excesivas de austeridad a corto plazo, el continuado debilitamiento de los bancos y la caída del crecimiento económico, el actual y el esperado, que ha dejado a millones de trabajadores sin empleo. Estos problemas se han amplificado entre sí y, sumados a un debate político agrio, han causado pánico y alimentado la incertidumbre sobre las perspectivas de la economía a medio plazo.

Solo caben dos soluciones para garantizar que se ataja el pánico, se restablece la confianza y se crea espacio para el crecimiento: la ampliación del programa de adquisición de bonos del BCE, o una emisión de eurobonos, o una combinación de ambas medidas.

Jürgen Stark, que acaba de presentar su dimisión en el BCE, estaba en contra de estas dos salidas de la crisis. En repetidas ocasiones se ha pronunciado contra los eurobonos y en las últimas semanas se ha opuesto rotundamente, tanto en privado como en público, a la decisión del BCE de comprar títulos españoles e italianos de deuda. Si el Consejo del BCE no hubiera actuado de manera prudente en contra de los deseos del señor Stark y de otros tres miembros del consejo, pocas dudas

«Si el consejo del BCE no hubiera desoído a Stark ahora estaríamos peor»

hay de que la crisis en la zona euro habría sido aún peor de lo que es ahora.

EEUU, el Reino Unido y Japón cuentan con una peor estructura fiscal que España pero tienen la posibilidad de pedir prestado en los

mercados a tipos razonables de interés porque sus bancos centrales han apoyado a los gobiernos durante la crisis mediante rebajas de tipos y compra de títulos públicos. Una declaración enérgica del BCE en la que indicara un compromiso de hacer «lo que sea necesario», mediante la compra de bonos de la zona euro, por ejemplo, para normalizar los costes de endeudamiento que afrontan títulos soberanos solventes como los de España, atajaría el pánico en los mercados financieros.

Si bien a plazo medio son necesarias reformas fiscales y estructurales, lo que países como España necesitan en la actualidad, con la caída del crecimiento y una tasa de paro del 21%, son inversiones generadoras de empleo, no una austeridad cada vez más rigurosa. Nuevas medidas del BCE o la introducción de los eurobonos, aunque sea temporalmente, darían a España y a otros países espacio político para restablecer el crecimiento y crear trabajo. La salida del señor Stark hace que esas medidas sean más factibles. Su estilo de rigidez ideológica no tiene cabida en la lucha contra la crisis sistémica que afronta la UE.

Sony Kapoor es director general del think tank Re-Define y profesor invitado de la London School of Economics.